

Jens Christian Grøndahl
A VECES ESTOY CONTENTA,
PERO TENGO GANAS
DE LLORAR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JENS CHRISTIAN GRØNDAHL
A VECES ESTOY CONTENTA,
PERO TENGO GANAS DE LLORAR

Traducción del danés de Juan Mari Mendizabal

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Tit er jeg glad*

1.ª edición: septiembre de 2019

© Jens Christian Grøndahl og Gyldendal, 2016

© de la traducción: Juan Mari Mendizabal Sarasua, 2019
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-726-2
Depósito legal: B. 15.775-2019
Fotocomposición: Realización Tusquets
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ahora tu marido también está muerto, Anna. Tu marido, nuestro marido. Me habría gustado que yaciera junto a ti, pero tienes vecinos, un abogado y una señora que enterraron hace un par de años. El abogado llevaba tiempo allí cuando llegaste tú. Encontré una tumba libre para Georg en la calle siguiente; desde tu tumba se ve la parte trasera de su lápida. Me decidí por la caliza, a pesar de que el cantero me dijo que no aguantaría a la intemperie. ¿Qué más da? No me gusta el granito. Los mellizos habrían preferido el granito, en eso estuvieron de acuerdo por una vez. El granito es demasiado pesado, y nuestro Georg se quejaba de una presión en el pecho. Seguramente deberíamos habérselo tomado más en serio, pero él le quitó importancia. Primero se quejaba, y cuando querías que te habla-

ra de sus preocupaciones, te rechazaba. Así era Georg.

Se desplomó en la ducha. Enseguida supe que algo iba mal, o tal vez no me lo pareció hasta después. Jadeaba, y se me hacía extraño manipular su pesado cuerpo mojado. Siguió inconsciente mientras lo metía en la cama. Cuando llegó la ambulancia, todo había terminado. Georg no había cambiado nada: estaba mayor, pero seguía siendo atractivo. Tumbado boca arriba, la tripa no abultaba tanto. Tú nunca llegaste a verlo así. Setenta y ocho años tampoco son nada del otro mundo, ¿verdad? O setenta, para el caso. Podrías haber sido tú quien se lo encontró sobre las baldosas bajo el chorro de agua caliente. Normalmente, habrías sido tú. ¿Está bien dicho así? Georg siempre pasaba mucho tiempo en la ducha. Podría haber seguido allí de no habersele reventado una arteria coronaria. Vuestra vida podría haber continuado sin más. ¿Qué sitio habría ocupado yo en vuestra vida? ¿Qué sitio habría ocupado en la mía? Mientras esperábamos a la ambulancia lo acariciaba, pero no sé si él sentía algo. En algún momento, mientras estaba con él, debió de dejar de sentir. Eso se me ocurrió después. Ya no siente nada. Como si de pronto fuera yo la ausente.

La ausencia creció en mi interior como una bola que empujaba todo el aire hacia afuera y me ahogaba. Nunca me he sentido tan sola. Porque estamos acostumbrados a que la realidad se corresponda con lo que pensamos y sentimos. La muerte encierra a los vivos, la realidad es nuestra enemiga a largo plazo.

Al día siguiente del entierro, regresé al cementerio en bici. Tomé algunos de los ramos de flores y los deposité en tu tumba. Por lo demás, solía llevarte flores solo por tu cumpleaños. Los primeros años te visitaba a menudo, casi siempre sola. A Georg no le gustaba acompañarme, y al final evitaba decirle que había visitado tu tumba. Para entonces, hacía tiempo que había dejado de preguntar por qué no quería acompañarme. Creo que nunca te perdonó del todo; pero, si se lo hubiera preguntado, no lo habría reconocido. Porque tal vez yo hubiera interpretado su respuesta en el sentido de que no era capaz de ocupar tu lugar. Era muy considerado, y creo que llegó a sentir mucho cariño por mí. Vamos, que pasaron los años y llegamos a hacer buena pareja, sencillamente porque vivíamos uno al lado del otro. Cuando somos jóvenes, subestimamos la fuerza de la costumbre, y subestimamos también

su misericordia. Extraña palabra, pero escrita ha quedado.

Cuando te fuiste, nunca pensé que tuviera que perdonarte. No tiene mucho sentido perdonar o no perdonar a una piedra, sea de caliza o de granito. Cuando tu vida, cualquier vida, termina, se reduce a un puñado de hechos. Fue. Sucedió esto y lo otro, y sobre eso se puede pensar lo que se quiera. Tú te acostabas con el marido de tu mejor amiga, y dejaste que te llevara a la muerte. Eso último no entraba en vuestros cálculos, claro. Al principio me preguntaba qué habrías pensado hacer. ¿Habrías propuesto que cambiáramos las parejas, sin más? Son cosas que ocurren.

En la época en que todavía reflexionaba sobre mis preguntas sin respuesta, llegaba a la conclusión de que seguramente no habrías pensado hacer nada. Cuando una no está enamorada, puede resultar difícil imaginarse lo poco que piensan los enamorados en el futuro y en otras personas. Están rodeados de su felicidad, que se expande en todas direcciones. Cada momento de felicidad no quiere dar paso al siguiente y al siguiente. A los enamorados les basta con el rostro del otro y el cuerpo del otro, y con los extraños celos de los que también yo guardo un vago recuerdo, aunque

hace mucho que no estoy enamorada. No sientes celos porque haya rivales o porque pueda haberlos; antes de esos celos, sientes otros que se refieren solo al hombre que amas. Sientes celos del cuerpo de él, porque está más cerca de sus pensamientos de lo que nunca estarás tú.

No, no te has imaginado nada acerca de mí o de Georg, y menos aún que un día yo fuera a estar junto a tu tumba con tu marido y vuestros mellizos. Porque solo había una tumba junto a la que estar. Durante todos estos años, la misma idea inoportuna me asalta de vez en cuando. ¿Y si Henning está vivo en alguna parte? La mente no puede concebir la idea de que alguien desaparezca sin más, ocurre como con la idea de infinitud: que tampoco puede imaginarse. Pero allí estábamos, Georg, los mellizos y yo. Comprenderás que no sintiera ningún deseo por él durante bastante tiempo.

Los mellizos no dejan de criticarme últimamente. Será porque soy demasiado brusca, demasiado mandona. Puede que sea un poco insensible sin ser consciente de ello; pero, por otra parte, creo que son de lo más sentimentales. Claro que respeto que estén tristes por su padre, yo también lo estoy. ¿Por qué siento la necesidad de decirlo? Creo percibir

en ellos una duda. Es que no entiendo por qué tengo que custodiar el hogar de su infancia, ahora que Georg ya no está. Mirar los muebles, comprobar que están en su sitio, quitar el polvo. Por supuesto que podría haber esperado un año, dejar que pasara el aniversario de la muerte de Georg y no decidirme hasta más tarde; pero, en el fondo, ¿por qué? Ninguno de ellos ha pensado volver allí, y Georg está igual de muerto pasadas tres semanas que dentro de un año. No lloré en el entierro, tal vez duden por eso de mis sentimientos. Ya había llorado bastante. Después de regresar a casa del hospital, pasé la tarde-noche llorando, hasta que me quedé dormida en el sofá sin haber encendido ninguna lámpara. No podía tumbarme en la cama, pero no era a causa de él. No era porque acabara de morir en aquel lecho; y la prueba es que las primeras semanas no cambié la ropa de cama. Me acosté con las mismas sábanas y la misma funda de edredón hasta que ya no percibí el olor de él. Es una de las cosas de las que me habría gustado hablar contigo: el olor de Georg. ¿Cómo se puede conocer tan bien algo sin tener palabras para describirlo? Su olor es un hecho en mi memoria, y ahí queda, sin describir. Existía, pero ya no, excepto como un recuerdo sin palabras.